



PERFILES DE UNA CIUDAD

Puertollano: In memoriam

Alfonso Castro

«El presente es árido y turbio. El porvenir se mantiene oculto. Toda la riqueza, todo el esplendor y toda la gracia del mundo están en el pasado».

La cita de Anatole France de su obra postrera *La vida en flor* puede inducir a engaño si de su primera lectura nos quedásemos exclusivamente con la vertiente política de los tiempos pretéritos. No es precisamente por ahí por donde pretendo enfocar esta reflexión y remembranza del pasado cotidiano, aún a sabiendas de que los poderes fácticos del pasado (políticos, Iglesia, Ejército, etc.) no se andaban con chiquitas en sus métodos, que bien pasados (superados) están.

Mis referencias son en este caso a un pasado relacionado sólo con Puertollano, el único que conocí cuando la infancia y la adolescencia. Y lo hago porque no dejan de surgir ecos y voces de entre algunos puertollanenses ilustrados y exigentes (a los que me referiré después), quienes evocando con nostalgia y recreándose en el pasado no excesivamente remoto del pueblo están de alguna manera rechazando la faz y la estética cotidianas del presente.

Hablando hace unos meses en Asturias con un familiar próximo, emigrado de nuestra localidad hace más de tres décadas, memoraba él con nostalgia aquellos años primeros de su vida en pleno franquismo en el pueblo de las dos mentiras: el paseillo de la Vaca del Voto que tan buen olor culinario acabaría dejando poco después en todo el pueblo, los juegos de los muchachos en las eras, las demostraciones deportivas de la Plaza de Toros, las apariciones bíblicas del ermitaño Guerrero, los paseos con su madre en las aguaderas de la burra familiar hacia el lavadero de *La Bachillera* y otras felices recordaciones.

Recuerdos que contraponía a su reciente visión física y material del pueblo después de muchos años en ausencia en la que destacaba como paradigma del mal gusto imperante en los tiempos de ahora el remedo de bosque y todo su entorno de lo que era el Ejido de San Gregorio. Ese engendro arquitectónico y urbanístico de cemento y otros materiales constructivos con el que nuestras negligentes autoridades locales se engulleron la mitad del carismático Paseo, al tiempo que hicieron un flaco favor a la exquisitez de la arquitectura clásica con una burda versión que tanta indignación y desencanto generaron en su día entre muchos hijos del pueblo.

Tengo para mí que una buena parte de las mentes inquietas y sensibles que amamos esta tierra que nos dió la luz aborrecemos, aunque menos de lo deseable, el proceso de degeneración que el diseño urbanístico y la imagen física misma de la ciudad ha sufrido en estas últimas décadas sin que hayamos sabido a tiempo poner coto a tanto desmán.

Puede que el síndrome de irnos haciendo viejos —o más exactamente, cada vez menos nuevos— quienes rozamos o hemos superado ya la treintena y hasta los que tienen avanzados los cuarenta haya hecho brotar —al menos en mi caso— ciertos sentimientos extemporáneos de rechazo a un modelo en gran medida equivocado de progreso y desarrollo sociales que se nos ha manifestado aniquilador de valores ancestrales e impulsor de una estética cada vez más impersonal y generalista como ésta, en tecnicolor y motorizada de nuestros días, tan alejada de aquella con que crecimos, más parda y blanquinegra y bastante menos pretenciosa y fatua.

Como ha hecho estallar también de manera ostensible en estos últimos años, al menos en un grupo de egregios paisanos unas determinadas ansias de reivindicar la memoria colectiva y las señas de identidad de un pueblo *light* como este de fin de siglo, mil veces adulterado y violado por los gestores públicos y algunos otros especímenes colmados de poder, que han logrado volar su esencia haciéndola añicos por los aires.

Este al que asistimos en la plaza pública es un *revival* que tiene sus nombres y apellidos. Valgan como ejemplos —pidiendo disculpas de antemano por las involuntarias omisiones— algunos trabajos de investigación histórica contemporánea realizados por Luis Fernando Ramírez, Juan José Delgado, o Miguel Gómez Vozmediano; determinados artículos y textos de autores como Agapito Maestre, Lorenzo Díaz, Manolo Juliá, José Domingo Delgado, Enrique Buendía, Elías Zamora, Eduardo Egido, Julio Bayo, o Raúl Menasalvas; algunos de los temas interpretados por cantaores como Primi Ortega o Romero del Puerto; además de las últimas narrativas de José González Ortiz, Luis García Pérez y Manolo Valero.

Y de manera muy especial esas dos joyas de obras gráficas que el joven editor Javier Flores, llenando con arrojo un hueco de desamparo con sus necesarias

Ediciones Puertollano, tuvo el acierto de sacar a la luz pública. Obras referidas al más que interesante trabajo de calado histórico de dos fotógrafos de posguerra (Joaquín Oña y José Rueda), que a buen seguro a más de uno de quienes pensamos que cualquier tiempo pasado fue en general —atrocidades aparte— mejor y más auténtico nos han hecho sentir una inmensa nostalgia y soltar de pena alguna lágrima que otra.

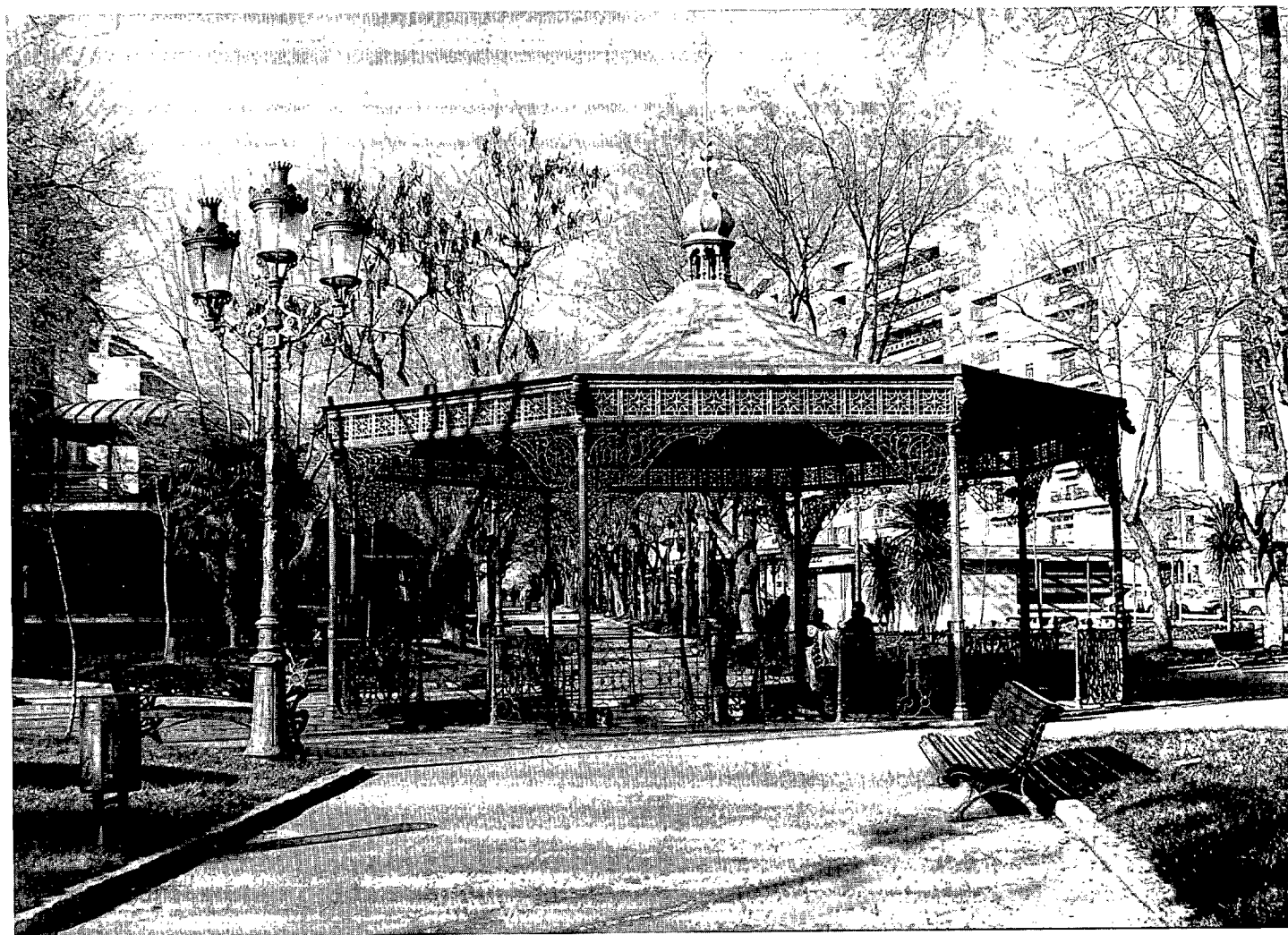
En ellos está prácticamente todo lo que fuimos y tuvimos y hemos acabado inexorablemente manipulando y perdiendo en muy corto espacio de tiempo. Que sea porque una vez más a los espíritus románticos nos revitalice los más íntimos sentimientos y la cada vez más denostada memoria colectiva.

El entrañable Gran Teatro, la Plaza de Toros de nuestras primeras entretelas, aquellas glorietsas como la de Don Porras, la recoleta Biblioteca Municipal con sabor a los rancios libros de archivo, el dispensario de la Esperanza o de la Benéfica, las salas de cine de verano e invierno (Avenida, Calatrava, Goya...), los salones de baile y recreo

(el Imperial y otros), los kioskos y chiringuitos aquellos (como el de Benedicto)...

La *posá* de la Tercia y otras similares, el mercado de la cebada, la *cuerda* de las bestias, los suntuosos palacetes ajardinados del centro (como aquel caserón de película del *maestro música*), el trenillo de la estrecha, las tiendas de ultramarinos con olor a chocolate y legumbres, las tabernas ahogadas en el propio aroma del vino, el *afilaor*, los rebaños de cabras y ovejas chorreantes de leche callejera, los prostíbulos de la calle Benéfica...

Aquellos ciegos pobres recitadores de infortunios y leyendas, los borriquillos atorados de sacos de carbón y de picón perdiéndose por entre la tupida niebla de las mañanas de invierno, los pilancones de los burros, los lavadores colectivos, los charlatanes vendetodo, las pandillas de zingáros y titiriteros callejeros, los panecillos de San Antonio, aquellas camionetas de entonces y las viajeras, las *procesiones* de San Cristóbal, los carros de los hortelanos peregrinando y un agradecido e infinito etcétera. □



José Manuel Gutiérrez Ledo